

Confieso

— *Jasmín Cacheux* —



(36 rostros de mujer)

Cacheux

©Jasmín Cacheux

Fotografía: Jasmín Cacheux

Diseño de portada: Antonio Rojas

“Escribir es recordar lo que nunca pasó”

Siri Hustvedt

A Cassandra, siempre.

BLANCO

Ahora que el ahora no pinta más ocasos, que el canto marinero no evita tu llegada a casa, nocturna, amanecida, ahora que miras por la ventana y esperas, esperas...¿Cuál es la gloria de tus años, Madre? ¿Qué fue del brío de tus manos, de la forma en que te abrazabas al aire hasta hacerlo danza? Antes, tenías aquel vestido blanco, largo... blanco, que te calzaba la orfandad y la malicia. Él tenía la rabia del niño desencantado, la travesura en la garganta, prestó el vestido, tu vestido, al cuerpo que le prestaba cuerpo, tus ojos se hicieron furia, tus manos se formaron llamas. ¿Qué hiciste, Madre?

“¡Qué arda!” - Gritabas. ¡Qué arda el vestido y mi casa! ¡Qué arda todo, lo blanco, lo que ha sido mío!”

Aún recuerdo el ulular de las sirenas, la ropa de mi padre, el otro cuerpo macerado, las cenizas todas del vestido blanco, también el humo en la calle... también el humo de la calle.



DOS BESOS

Tomé los billetes de la mesa. Al aire solté dos besos.

Antes tuvo mis muslos entre sus manos; quiso besarme, quiso saber mi nombre, ¡pobre, hombre, tan niño muerto! Le dije: sólo a mis hijos beso. Me pidió saber cuántos: uno en la frente, mientras duermen, otro en la mejilla, cuando regreso.

*“Ana, Luis, Jaime, Rosa
Jaime, Rosa, Luis, Ana”*

Los nombres no se los dije, los pienso ahora en voz alta, son mi oración, entre escalones, son mi oración, entre tacones.

(Uno en la frente, mientras duermen; otro en la mejilla, cuando regreso).



AUTOSTOP

Camino por la carretera: curva, recta, calor, sed, recta, curva, sed, calor... Llego al cruce. Me mudo de prisa: dejo los pantalones y la gorra, me aliso el vestido, azul primavera, unas líneas color rosa, zapatillas, medias.

Tras de mí un autobús, otro... uno más... los dejo pasar. Apunto la mano para el autostop, se detiene un hombre, sus hijos, su familia, finjo que no los veo, bajo la cabeza, espero. Espero. Un auto blanco, un sedán rojo... un cuatro puertas negro sin placas: dos hombres en el interior, como aquella noche. Sonrío, busco en mi bolso. Subo al auto, cierro la puerta. El auto arranca. Dos detonaciones, empujo hacia afuera al primero, al segundo le grito: “¡Adiós, buena suerte!” Las mismas tres palabras y el mismo destino, sólo que ahora yo no caigo en el asfalto, ahora soy yo quien acelera, quien cruza la carretera.



MADRE

Lleva su toalla a la playa, la extiende. Se recuesta. Un golpe ligero le hace girar la cabeza: dos niñas con una pelota de playa. ¡Qué ojos tan claros! ¡Qué manos tan pequeñas! Alguna vez fue así o quizá... no. Deben tener menos de cinco años. No se preguntan por su madre. No se preguntan por el mar, no se preguntan por mañana. Tienen una pelota y el juego... el juego en sus manos, la arena, el agua.

“¿Qué es ser Madre?”

Madre no dormiría en la playa sin vigilar el juego; Madre no levantaría la toalla; Madre no se alejaría, de prisa, a hurtadillas. Madre no se perdería los abrazos sucios, los besos de agua.

Ella camina, a lo lejos, gritos, un par de voces conocidas, cada vez más lejos. Camina... camina, más de prisa, más, más... Sólo recuerda el rumor de las olas, la distancia le repite: *Madre, no, no seré yo.*



LA ALIANZA

Encuadro, disparo, confirmo lo que veo. Me detengo en el vestido y vuelvo a disparar.

Hago un par de tomas más: los padres, la novia, los hermanos, el novio, el pastel, los arreglos sobre la mesa, la fiesta en el jardín, la esperanza en los ojos. Los votos que se han repetido: el amor rogado, el amor sometido, el exceso en las promesas que serán recordadas, mientras se olvide que es primavera y la novia lleva un vestido con un largo cuello que le cubre las marcas de ayer.

Ella, mientras tanto, mira su anillo de compromiso, la piedra enorme y brillante que puede borrarlo todo: el vestido sin escote, para ocultar las quemaduras de cigarro en la espalda; las mangas largas que cubren los moretones en los brazos; el peinado que disimula los golpes en el rostro... el par de sortijas, el par de grilletes.

Encuadro, disparo, confirmo lo que veo: el rostro del padre henchido de orgullo, no hay más hipoteca que pagar, no hay más deudas que saldar. “¡Qué vivan los novios, qué vivan los novios!” Sí, qué vivan, al menos ella... un día más.



CONFIESO

Confieso que el mar no me pareció mar, hasta que entré; que la playa no existió hasta que llegué de noche, ebria, suicida, dispuesta a irme de aquí, de mí.

Confieso que no entendí qué era una montaña, hasta que ascendí; que conocí un túnel hasta que lo crucé a cuatro manos.

Confieso que supe que si no me callaba no me salvaba, en la esquina de una calle, con una navaja al cuello, que dejé ahí mis ganas de usar minifalda, lápiz labial, caminar a solas por la calle. Y escuché al día siguiente que todo fue mi culpa.

Confieso que apreté el paso y terminé corriendo cuando un auto color verde se detuvo y abrió la puerta para llevarme adentro, porque mi pantalón era ajustado, mis senos crecientes, mi edad perfecta. Me dijeron que “eso” sólo pasaba en el pueblo. Crecí y me dijeron que “eso” pasaba en la ciudad, leí y entendí que “eso” ocurre en todo el país; pasó el tiempo y acepté que “eso” sucede por ser mujer.

Confieso, me confieso mujer, mucho tiempo después de nacer.

Confieso que temí por mi cuerpo y lo ultrajaron y me callé y me culpé y me repetí tantas veces: ¡la culpa es de mi ropa, la culpa es de mis piernas, la culpa es de mis senos, la culpa es de mi cara!

Y engordé y dejé de maquillarme y me oculté entre la ropa y la cara lavada y comencé a escuchar a otras, solas como yo, culpables como yo

-¿Por qué si somos tantas, nos sentimos tan solas?

Confieso, fui al fondo del fondo para encontrar la superficie. Confieso y me sumo, no más me resto ni me divido. Confieso y el corazón late acompasado, acompañado, no fui culpable, no soy culpable. Me hice mujer, me construí de la cabeza a los pies, me volví mi casa, mi sitio, mi esperanza.

Confieso, me confieso mujer



TREINTA Y SEIS

Renuncio a mi nombre, no a mi sexo.
En los labios de mis labios abrazo y me abraso.
Soy todos los nombres y los lugares ocultos.
Nunca Alfa, jamás Omega.

Justa, injusta, honesta, deshonesto,
hecha de versos y palabras sueltas,
atada a los besos que no di,
sin amarras y sin anclas.

A veces camino, otras, navego.
Me entrego, me asumo,
me aparto y no me quiebro.
Infame, intrusa, diletante.

Treinta y seis arcanos en el tarot
me persiguen sin darme una verdad.
Veintidós conocidos, catorce recuperados.
No hablan, me ciñen.

Treinta y seis mujeres justas
que sostienen mi mundo.
Reina de espadas, Reina de bastos,
Reina de copas, Reina de oros.



Treinta y seis decanatos y treinta y seis ángeles,
ninguno tiene canto, ninguno me guarece del frío.
Tres manifestaciones de doce dobles,
treinta y seis los mundos en que me vivo.

Treinta y seis, mi espera.
mi derrota, mi desembarco.
Treinta y seis mis rostros de mujer.
Treinta y seis mis voces al oído.

Treinta y seis cartas que no escribí
que no envié, que ahora invoco
(sublimar, concluir, afirmar, realizar),
en estos apuntes, desde estas letras.

Lo que sale de mi boca,
no es sólo humo.
Lo que emerge de mi boca,
también es silencio.



MUJERES

Aquí, en esta casa
habitan todas las palabras que nombré;
nombres que no pude olvidar,
la vieja historia de si te vas no me quedo,
y más de diez cicatrices.

Ahí, al fondo, las promesas sin cumplir,
reclinadas como una escoba vieja,
escondidas de mí, de mis recuerdos.

Recito los nombres desde el olvido:

Andrea, como mis ojos,

Sofía, como mis palabras,

Daniela, como mis letras

Diana, como mi libertad.

Mujeres que amar,
mujeres que olvidar,
como un juego de espejos,
como el sonido del chelo
que se aleja ante el rumor de las olas,
ante el amor de las olas
que llegan y se van.



HOY

Hoy quiero nombrar mis caídas:
de rodillas cuando puedo
de frente cuando pierdo
de manos, cuando quiero.
Puedo, pierdo y quiero son mis aliados
y mis más cercanos adversarios.

Hoy, puedo nombrarme de rodillas
entender el fracaso, la cara vencida,
levantar el paso, limpiarme la saliva.

He caído de frente y ahí dejé la sonrisa,
tropecé de manos y el polvo fue mi caricia.
Perdí la esperanza en el bolsillo izquierdo
y me carcajeé de la confianza en el derecho.

Me convertí en mi otra versión,
dormí en exceso,
pensé en la muerte,
me olvidé de la despedida;
maldije mi nombre,
bendije mi suerte.
Y después del después,
cansada, taciturna, vencida,
me quité el suelo de la ropa,
el hambre de la boca,
la sal de las heridas...
y volví a empezar.

Confieso (*36 rostros de mujer*), es una obra literaria de Jasmín Cacheux

®2019